

He ahí la moral que educa al niño, que le forma noble y digno, que le hace verdaderamente hombre.»

Esta moral ha civilizado al mundo, ha extirpado los vicios del corazón humano, y ha hecho brotar de él, como olorosas flores, las más heroicas virtudes; esa moral ha impulsado á hombres aguijoneados por pasiones como las nuestras, á dominarlas por completo, á ascender á la cumbre de la santidad, á trabajar, en fin, sin tregua en la vida presente, para lucir después en el cielo como estrellas junto al trono de Dios.

Ninguna religión enseña una moral más pura y sublime, ni que suavice y depure mejor las costumbres, que la católica. La moral cristiana desde hace casi veinte siglos, como savia vivificante circula por las arterias de la humanidad, inspirando en todas partes acciones generosas y contrarrestando los gérmenes de corrupción y de miseria que en ella dejara la primitiva caída.

Por esto la bondad es inseparable de la moral católica, ó, mejor dicho, la religión de Jesucristo, que la profesa y difunde, es fuente inagotable de bondad, en la región de los principios y de los hechos. El paganismo con su moral trunca y deficiente pudo apenas despertar algunos sentimientos nobles en el corazón é impulsarlo á algunas acciones naturalmente buenas, quedando éstas ahogadas en ese cúmulo de errores y de crímenes que envilecieron al mundo antiguo. Como lo notaba Cicerón, la moral pagana no había penetrado en el fondo del alma, para dirigirla y purificarla; por lo que aun aquellos filósofos que elogiaban la moderación y el vencimiento de las pasiones, ocultaban en su interior vicios abominables, y todos ellos carecieron de la humildad, que es la base de la virtud sólida.

CAPÍTULO DUODÉCIMO.

EL TRABAJO.

1. El trabajo, ley del hombre y condición de su perfeccionamiento. — 2. Males que causa la ociosidad y bienes que proporciona el trabajo, en el orden material y moral. — 3. Móvil y fin del trabajo. — 4. Orden y método que requiere. — 5. Superioridad del trabajo intelectual sobre el material, y de unos estudios sobre otros. — 6. Descuido en el conocimiento de las ciencias morales y religiosas. — 7. Preferencia dada en el siglo pasado á las ciencias naturales y experimentales. — 8. Reacción que se nota últimamente en favor de las ciencias especulativas. — 9. Conveniencia de que la juventud adquiera sólidos conocimientos en materias morales y religiosas.

1. El trabajo, ley del hombre y condición de su perfeccionamiento. — Así como las fuerzas físicas se reducen á la unidad del movimiento, en el mundo moral se compendian las fuerzas en la fórmula del trabajo. El trabajo es el movimiento de las facultades, la ascensión constante á las regiones superiores del conocimiento, la exploración de lo desconocido, y la inmensa acción del hombre sobre la naturaleza, por él señoreada. El trabajo combina los agentes ocultos, descubre las misteriosas energías de la materia, y utiliza los elementos y las fuerzas, para la grandiosa obra del progreso. El mundo material sin el trabajo sería ni aun polvo, en el que no alentarían sino los yerros pensiles de la soledad; y el mundo moral sin el trabajo valdría tanto como el naufragio del alma en el fango y en la inercia moral del espíritu.

«Por el trabajo», dice Smiles¹, «se forma el carácter práctico, se produce y disciplina la obediencia, se adquiere el imperio sobre sí mismo, la aplicación y la perseverancia, dando al hombre destreza y habilidad en su profesión, aptitud é inteligencia para proceder bien en los asuntos de la vida.»

Siendo la educación obra difícil y de vital importancia, exige esfuerzo constante y decidido. El trabajo es inseparable de la educación, ó, mejor dicho, ésta se obtiene con el auxilio de aquél. Cuando Dios sometió á la humanidad á la ley del trabajo, le impuso una pena en castigo de su obligación:

¹ El carácter.

la obligó á procurarse con «el sudor de la frente» el alimento del cuerpo y del espíritu; mas al mismo tiempo le proporcionó un medio eficaz de adelanto y de progreso. Y aun cuando el hombre hubiese conservado su felicidad primitiva, habría tenido que trabajar, pero sin padecer, como correspondía á su dichoso estado. Léase, en efecto, en las primeras páginas del Génesis, que Dios puso al hombre en el paraíso de delicias, *para que lo cultivase y guardase*¹; es decir, para que trabajase en él y aprovechase de sus frutos, como en heredad propia.

El hombre tiene, pues, que trabajar, no sólo para conseguir el pan que sustenta al cuerpo, sino también para adquirir la verdad que sustenta al espíritu. La ciencia se obtiene sólo con esfuerzo tenaz y perseverante. Dios concede al que quiere estudiar, inteligencia más ó menos vigorosa y perspicaz, así como los encantos de la soledad, los consejos de la experiencia, la verdad difundida en los buenos libros y apta para fecundar su espíritu; pero exige de él que se recoja, que lea, que reflexione, que analice, en una palabra, que trabaje, dice un escritor moderno. Con estas condiciones la memoria se apodera de la verdad, el espíritu la penetra, el alma la posee y puede comunicarla á otras almas; y viendo que éstas producen, á su vez, al influjo de la enseñanza, los frutos sazonados de la ciencia, tiene el derecho de alegrarse delante de Dios, como se alegra el labrador el día de la cosecha². Tanto el talento, que es don de Dios, como el trabajo, que es obra del hombre, son necesarios para formar y enriquecer el espíritu³.

Titulo glorioso para el hombre es hallarse asociado por el trabajo al poder mismo del Creador, quien, al hacer de aquél una ley de la humana existencia, antes y después de la caída, ha querido que encuentre en el trabajo su perfección y por consiguiente su gloria, dice el ya citado autor. Porque cada ser se perfecciona mediante el cumplimiento de

¹ «Tulit Dominus Deus hominem, et posuit eum in paradiso voluptatis, ut operaretur, et custodiret illum» (Gen. II, 15).

² Is. IX, 3.

³ Cf. *Monfát*, Principes d'éducation.

su ley. Así el hombre experimenta la necesidad de trabajar; conoce que, si rehusa hacerlo, quedaría privado no sólo de los recursos exteriores, necesarios para la vida, sino de uno de los elementos de la misma vida, del ejercicio de la actividad, que le es esencial y que le ha sido dada para conseguir su fin. Por esto afirman los Libros Santos que *el hombre nace para trabajar como el ave para volar* (Job V, 7). Esta poética comparación nos hace comprender que el trabajo entra en la naturaleza humana, como medio de satisfacer sus necesidades, de ennoblecirla y elevarla. El vuelo es privilegio del ave, constituye su modo de vivir, á la vez propio y glorioso; es el estado ideal con que poetas y pintores idealizan las aspiraciones de la vida de hoy hacia la vida de mañana. El trabajo es elemento vital para el hombre.... El labrador encorvado sobre el surco que ha abierto en el suelo, el alumno inclinado sobre el libro, el filósofo que medita, el sabio absorto en contemplar los arcanos del Universo, todo esto es propio y natural en el hombre, todo manifiesta que su naturaleza es grande, bella y digna de admiración.

Así lo ha dispuesto la Providencia; y el cantor inspirado ha puesto al hombre en su sitio de honor, en el vasto y sublime cuadro que trazara de la creación. Él nos muestra desde luego á todas las creaturas agitándose, cada cual en su esfera, para ejercitar sus facultades y conseguir su fin. Las aguas se precipitan á los valles, y congregan á su frescura á las bestias del campo y á las aves de los ciclos. Las aves de presa espían; las otras tejen nidos; pacen los ciervos, acechan las fieras. *Así que el sol apunta... sale el hombre á su trabajo, y permanece en él hasta la noche* (Ps. CIII, 22 y 23). Éste es su castigo, pero también su gloria. Con el trabajo modifica á la naturaleza á su antojo y en provecho suyo; él era antes su rey, y viene ahora á ser su conquistador; pues la domina, la renueva, la transforma como quiere y hasta donde quiere, por medio del trabajo. Lo que hace con la naturaleza sensible, lo realiza con igual éxito en el mundo superior de la inteligencia y de la voluntad, de la verdad y de la virtud. Porque Aquel cuyo vasallo es y que ha puesto

en su frente un rayo de su poder creador y en su mano el instrumento del trabajo, á modo de cetro, le ha delegado su imperio sobre todo, sobre las cosas del alma y sobre las de la materia; y en estas altas regiones obtiene el hombre por el trabajo el colmo de su perfección y su gloria suprema¹.

2. Males que causa la ociosidad y bienes que proporciona el trabajo en el orden material y moral.—Por esto nada hay tan contrario á la ley divina, que procura la felicidad y perfeccionamiento del hombre, como la ociosidad. Dios contempla sin cesar su divina esencia, y pone en ejercicio sus inefables atributos, para crear y conservar á los seres. Con admirable providencia rige el mundo, y cuida con esmero desde la hierbecilla que esmalta los prados, hasta la palmera que levanta su corona al cielo: desde el insecto imperceptible que se arrastra por el polvo, hasta el hombre, capaz de conocer y de amar á su Hacedor. Como Dios, á cuya imagen y semejanza fué formado, debe el hombre amar el trabajo, sin el que no puede desenvolver ni ejercitar sus facultades. El movimiento es la vida, y la experiencia comprueba que, así como el cuerpo crece y se fortifica con el esfuerzo, y pierde su vigor y se marchita en la inacción, también el alma se alienta y aviva cuando se entrega á las nobles faenas del espíritu, y languidece y vegeta cuando dormita en el ocio y la pereza.

La pasión por el trabajo y un entusiasmo dominador de las dificultades son indispensables en la educación; pues la mollicie, como dice Fenelón, «es cierta languidez del alma, que la entorpece y quita toda disposición para el bien; languidez traidora que la apasiona secretamente al mal, y oculta bajo la ceniza un fuego capaz de devorarlo todo».

Grandes son los bienes que se originan del trabajo, que es ante todo altamente moralizador y medio eficaz de contrarrestar las tendencias depravadas del corazón. En efecto, cuando el hombre se dedica á cualquiera labor honrada, sus facultades se desarrollan y aquietan con la consecución del fin propuesto; mientras que al entregarse á la inacción, pasa

¹ Cf. *Monfat* 1. c.

inútilmente los días y es víctima de las perversas inclinaciones del alma, que le arrastran al vicio y á la muerte. ¡Cuán cierto es que la ociosidad es la podredumbre de la vida, el cieno de que se levantan todas las pestilencias sociales!

En el estado actual del hombre, ninguna de sus dotes se acrecienta y perfecciona sin rudo trabajo, ni nada grande se obtiene sin fatiga. ¿Á qué debemos tantos y tan prodigiosos inventos, de que con justicia se gloria la humanidad? ¿Á qué el haber penetrado los misteriosos arcanos del Universo? ¿Á la paciente labor de los que han hecho del trabajo una ley de su existencia. Y en el orden sobrenatural, ¡cuánto esfuerzo necesita el hombre para vencer sus pasiones, practicar las virtudes, recorrer la senda escabrosa del deber é imitar á Dios, tipo ideal de la perfección!

Si el trabajo procura mucho honor al hombre, si es su *estado ideal*, se sigue que el reposo es solamente un estado accidental, humillante para un alma generosa; pues constituye una de las exigencias de la debilidad humana, agravada por el pecado. Así lo juzgan todos los hombres en quienes domina el verdadero sentido espiritual. Yerran por esto los que, imbuidos en las falsas opiniones del mundo, pretenden que el ideal de la dicha y las complacencias del orgullo están en el bullir de los festines y en el vivir inactivo en moradas suntuosas.... El reposo es una necesidad humillante, y no se le debe tomar sino en cuanto la naturaleza lo exige con imperio.

Es cierto que nuestra naturaleza decaída gusta del reposo, de *no hacer nada*; pero es preciso violentarse, contrariar los apetitos inferiores y poner en ejercicio las facultades, aun para evitar el fastidio, que, como lo nota La Bruyère, entró en el mundo con la pereza, que induce al hombre á buscar los placeres del juego y de la sociedad. Quien ama el trabajo tiene bastante consigo mismo¹.

«El hombre no se habitúa á un trabajo regular y constante sino domando con voluntad firme sus instintos sensuales y esa propensión, en cierto modo animal, que le inclina á vi-

¹ Cf. *Monfat* 1. c.

tar todo esfuerzo penoso. La Providencia ha hecho del trabajo, como de todos los deberes, un esfuerzo difícil, á fin de despertar en el hombre la estima de la perfección moral, fin supremo de su actividad; pero al mismo tiempo ha querido que la práctica sostenida del trabajo y de la virtud, sea la fuente de los goces más vivos y permanentes dados á gustar en esta vida.¹

Fuente de la ciencia y de la riqueza, el trabajo es también auxiliar de la virtud; pues ésta es inseparable de aqué. La virtud misma es el trabajo por excelencia, al mismo tiempo que su recompensa. Ante todo, la virtud es la victoria del hombre sobre sí mismo, la victoria más difícil y hermosa, la que exige el trabajo más noble, perseverante y generoso.

Innumerables son las ventajas que del trabajo reportan los individuos y los pueblos, y estricta la obligación que Dios impone al hombre de dedicarse á él, hasta tal punto que San Pablo afirma que *el que no trabaja no tiene derecho de comer*².

El hombre debe trabajar para provecho de sí, de la familia y de la sociedad. Sin el trabajo, ni el cuerpo ni el alma adquieren vigor y actividad, y las mejores facultades físicas é intelectuales se embotan y anulan. El ocioso es, además, inútil á la sociedad: todos trabajan para él, y él para nadie. Es como rama desprovista de savia, que pronto languidece y muere. El trabajo honra al hombre, y la ociosidad le afrenta.

El trabajo proporciona comodidad á la familia, y la desidia le acarrea miseria. La mayor parte de los hombres no tienen otra riqueza más que el trabajo; y si á éste se junta una prudente economía, basta para libertar á la familia de la estrechez³.

¹ *Le Play, Réforme sociale* l. 3.

² «Si quis non vult operari, nec manducet» (2 Thess. III, 10).—Bella fórmula, que condensa arduos problemas de las modernas ciencias sociales; y que necesitaría capítulo especial si no quisiéramos ser tan breves en nuestro rápido programa.

³ Cf. *Charpentier, Le livre de la famille*.

El trabajo es la vida de los pueblos; la inacción su decadencia. La nación que trabaja mucho, progresa rápidamente, como lo prueban las naciones cristianas del antiguo y nuevo mundo. Por el contrario, los países paganos, en que el trabajo no es un deber de conciencia, se contentan con lo indispensable para la vida y carecen de estímulo é iniciativa. Esto pasa, por ejemplo, en los lugares dominados por el mahometismo. «El musulmán es perezoso; así que, por donde pasa siembra la desolación y hace el vacío. ¿Qué ha hecho de esas hermosas y fértiles comarcas del Asia Menor y del norte de África? Las ha convertido en desiertos incultos. ¿En qué estado se hallan bajo su dominación fatalista esas ciudades famosas de Nicea, Nicomedia, Trebisonda, Éfeso, Antioquía y Palmira? Dichas ciudades, antes florecientes, algunas de las que tenían hacia un millón de habitantes, la indolencia del turco musulmán las ha reducido á ruinas y escombros, que el tiempo ha cubierto de musgo y zarza.»¹

«El trabajo es ley natural de nuestra existencia, y todos los hombres sin distinción deben de ocuparse en una manera ú otra, si quieren gozar de la vida como se debe gozar de ella», dice una distinguida escritora².

«La pereza causa melancolía, y es el azote del cuerpo y del alma, la nodriza de la maldad, uno de los siete pecados capitales, y origen, por tanto, de la alteración de la conciencia y fuente de lágrimas amargas.

«Vivir vida laboriosa es medio de perfeccionarse, de ponerse á salvo de los rigores y estragos que produce la inacción, y de gustar los encantos y dulces fruiciones de la virtud.

«Emplear el tiempo en el cumplimiento de los deberes respectivos, es cooperar al fin de la Providencia y buscar á la vez el desarrollo natural de nuestras facultades y de nuestros miembros, apartando, además, el trabajo todo aquello que de una manera indigna pretende alterar la paz de nuestro espíritu.

«El trabajo es una de las flores más hermosas que, entre los millares de espinas que ofrece la vida, se debe cultivar;

¹ *Charpentier* l. c.

² *Dolores del Pezo, La voz de una madre*.

pues sostiene la paz en el alma y le infunde fuerza para luchar con los muchos contratiempos que de continuo se le ofrecen.»

«El trabajo perfecciona nuestras facultades intelectuales», dice otra autora distinguida¹. «desenvuelve nuestras ideas, las eleva, las rectifica, las aclara ó las temple, es además fuente de una riqueza que llega á sermos inherente y que positivamente aumenta nuestro valor.»

3. Móvil y fin del trabajo.—Para que el trabajo ennoblezca al hombre y sea meritorio, ha de tener un móvil en armonía con su dignidad de ser racional. El hombre no es máquina de producción; no es tampoco como el bruto que cumple inconscientemente su destino y se mueve sin darse cuenta del movimiento: es un ser inteligente y libre que tiene un fin sobrenatural, á cuya consecución debe dirigir y ordenar todos los actos de la vida. La actividad humana se ha de proponer siempre un fin moral; debemos trabajar para cumplir el precepto que Dios nos impone; y por esto el trabajo, á la luz de la filosofía cristiana, dignifica y ennoblece al hombre, y es fecundo en buenos resultados para el individuo y la sociedad. El rechazo de esta ley primordial ha causado la degradación y miseria de las clases trabajadoras, y el orgullo é intemperancia de los capitalistas y poderosos. Cuando el rico olvida que el jornalero es un hermano suyo, dotado de alma inmortal, cuando lo considera como mero *agente* de producción, procura explotarlo y utilizarlo en ventaja propia. Á su vez, el obrero que mira el trabajo como pesada carga y no como ley benéfica prescrita por el mismo Dios, tiende á sacudirse de él, y aspira á una igualdad química en la distribución de la riqueza. Porque así como hay diferencia en las dotes físicas é intelectuales de los hombres, la hay también en su fortuna; lo cual ha ordenado Dios providentemente, para que los unos auxilien á los otros, y se reputen todos como hijos de un mismo padre, llamados á un común destino, dentro de las leyes providenciales de la fraternidad y la solidaridad humanas.

¹ Mme. Swetchine, Obras escogidas: «Flores de nieve».

El trabajo no es sólo medio de adquirir ciencia ó fortuna, ni simplemente un esfuerzo interesado. No: ante todo es una virtud, una de las formas del sacrificio; hace uso de los medios que nos llevan al fin moral, y por eso busca, en definitiva, la honestidad. Cuando, torciendo el rumbo, el hombre se instruye ó emplea las fuerzas naturales, ora en satisfacer la soberbia del alma y en oprimir á los demás, ora en soñar con la vanidad de la gloria y en gozar de la riqueza, entonces el trabajo se convierte en enemigo de la sociedad, es un *bastardo* que corroe la máquina del universo moral, un elemento de discordia y rebelión en la armonía de las cosas. El trabajo procede del bien, se dirige á los fines de la moralidad y es en sí mismo una gran virtud.

«Es un error fatal creer que el hombre debe trabajar y producir tan sólo para satisfacer sus necesidades temporales, y que el único fin del trabajo es asegurarle el pan, el techo y el vestido. No, el trabajo es una facultad originaria en el hombre, quien, produciendo las obras más diversas, manifiesta exteriormente el ser espiritual que recibió de Dios. El pan, el techo y el vestido son bienes muy inferiores é insignificantes en comparación de los espirituales y eternos. Por esto Jesucristo nos dice: *Buscad ante todo el reino de Dios, y lo demás* (lo relativo á la vida temporal) *se os dará por añadidura*. Debe el hombre comprender que Dios le exige manifieste por sus acciones y creaciones que su espíritu obra en él; debe persuadirse de que Dios le abrirá todos los caminos que le han de conducir al término de su empresa, y le ha de suministrar la palanca del pensamiento creador, mucho más que si tratase sólo de satisfacer sus necesidades terrestres.»¹

4. Orden y método que requiere el trabajo.—Para que el trabajo, sobre todo el intelectual, sea fructuoso, debe ejercerse con orden y discreción. Es innegable que el método y sistema acrecientan prodigiosamente la actividad humana y centuplican las fuerzas del espíritu; y que, por el contrario, el estudio hecho sin cálculo ni concierto es inútil y hasta cierto punto perjudicial. En el cultivo de cualquier

¹ *Fid. Fradel*, La educación del hombre.

ramo del saber se debe siempre empezar por nociones elementales, y avanzar después gradualmente hasta conocerlo á fondo. Conviene, además, no pasar de una materia á otra, sin haber adquirido antes en la primera conocimientos suficientes. El emprender varias cosas á la vez, y dedicarse simultáneamente al aprendizaje de muchas ciencias, distrae las facultades, debilita la fuerza del espíritu y perjudica al buen éxito de cualquier trabajo, en especial al provechoso cultivo de los conocimientos humanos¹.

De igual modo, es preciso no cambiar á menudo de ocupación, sino hacer cada cosa á su tiempo, por completo, sin prisa ni agitación. *Age quod agis* es una máxima muy provechosa. Librarse de la necesidad de volver sobre el mismo trabajo haciendo nuestras labores definitivas, entraña una economía extraordinaria de tiempo, observa Payot². San Francisco de Sales atribuye á artificio diabólico los continuos cambios de trabajo. «Es necesario», dice, «no seguir varios ejercicios á la vez y á un mismo tiempo; pues con frecuencia el enemigo trata de hacernos emprender varias obras y comenzarlas, á fin de que, abrumados por excesivas ocupaciones, nada acabemos y lo dejemos todo imperfecto.»³

Uno de los distintivos de la enseñanza moderna es su variedad y excesiva extensión, lo que da por resultado que el joven adquiera apenas nociones ligeras é incompletas de varias materias, que no le permiten discurrir con solidez en ninguna de ellas. Se dice, y con razón, que la *semiciencia* es la peor de las ignorancias; y ésta es, desgraciadamente, la situación de muchos espíritus que, por falta de método y de conveniente dirección en la labor intelectual, apenas llegan al vestibulo del edificio científico, sin poder penetrar en su interior ni menos enriquecerse con los tesoros allí guardados.

Las facultades intelectuales diferencian al hombre de los seres insensibles y desprovistos de razón, y le colocan muy

¹ Un antiguo proverbio, que contiene enseñanza muy saludable, dice: Quien piensa en muchas cosas á la vez, hace menos bien cada una de ellas (*Pluribus intentus minor est ad singula versus*).

² Education de la volonté. ³ Tratado del amor de Dios.

por encima de todos ellos; por lo que debe esmerarse el joven en cultivarlas. Mientras mayor número de verdades enriquezcan su inteligencia y más abundante caudal de bien posca su corazón, se educará mejor y cumplirá con acierto su hermoso destino.

5. Superioridad del trabajo intelectual sobre el material y de unos estudios sobre otros.— Así como el espíritu es muy superior al cuerpo, la labor intelectual lo es á la material: ésta desarrolla la parte física del hombre, aquélla su parte espiritual; la una le da aptitud para el cultivo de la tierra y los trabajos mecánicos, la otra le hace conocer las leyes que rigen el mundo físico y moral, y la manera de utilizar las fuerzas del primero. Por esto hay mucha diferencia entre el hombre que lucha por la adquisición de la ciencia, y el obrero que se dedica al trabajo corporal.

Los que se consagran al cultivo de las ciencias y de las artes liberales, constituyen, en cierto modo, la aristocracia de la humanidad y tienen en sus manos la dirección de los pueblos y la solución de sus más difíciles problemas. El saber eleva al hombre sobre los demás y le hace apto para guiar con acierto á las clases inferiores, que, por la naturaleza de sus ocupaciones, no viven en comercio con las ciencias. Los sabios son á modo de cabeza en el cuerpo social, y los obreros como brazos y pies que deben ser movidos por aquéllos.

«La instrucción», ha dicho Mons. Baunard¹, «crea una verdadera nobleza que coloca al hombre entre lo más selecto de la humanidad. La jerarquía de los hombres se compone de dos grupos que se superponen el uno al otro como la cabeza á los miembros ó, mejor dicho, como el alma al cuerpo. Hay obreros de la materia, como los hay de la inteligencia: los unos trabajan con sus manos, cultivan la tierra, forjan los metales, tejen la lana ó el lino; los otros trabajan con la cabeza, dirigen los asuntos públicos y la actividad de los demás, resuelven y aplican los problemas

¹ Le collégé chrétien.

de la ciencia, estudian, en fin, las leyes que gobiernan el Universo.

«El estudio ennoblece al joven por el desarrollo que adquieren sus facultades y por su ascensión gradual á regiones elevadas... Un tierno niño, después de algún tiempo, viene á ser hombre, y con el estudio algo más que hombre — *humaniores artes, humaniores litteræ*, como las llamaba la antigüedad; y aun pudiera decirse de este espíritu transfigurado por el estudio, que confina con la región de los espíritus angélicos.

«El estudio es, además, en la presente vida, una fuente de dicha y felicidad, generosa recompensadora de sus fatigas y privaciones. En efecto, él produce de sí mismo ese sentimiento de inefable satisfacción que San Agustín llamaba *gaudium de veritate*, el gozo de la verdad, gozo que es uno de los más altos y delicados que pueden darse á saborear al hombre. ¿No habéis experimentado algo indefinible, vosotros, sobre todo, espíritus poseídos del ideal moral y religioso, cuando la lectura de una hermosa página, la emoción de una palabra elocuente, el brillo de un pensamiento sublime, la explosión de un sentimiento noble han conmovido, de improviso, las fibras de vuestra alma y penetrado hasta la fuente misteriosa de las lágrimas? ¡Ah! es verdad que no entienden esto esos espíritus mezquinos que se llaman *positivistas*, los que carecen de ese calor de alma, del que ha dicho San Agustín: *Da amantem, da sentientem, et sentit quod dico*: Dadme un alma que ame, que tenga sed de la verdad, y comprenderá lo que digo.

«La juventud cristiana es capaz de sentir esta fruición indecible de la verdad, así como es capaz de gustar las dulzuras de la belleza y del bien. Estas alegrías puras la preservarán de esos malos goces del alma de que habla el poeta: *mala gaudia mentis*. El placer intelectual que produce el estudio, no es, sin embargo, más que el gusto anticipado que se le reserva para el día en que lecciones más altas pondrán al joven en presencia de más altas verdades, y le descubrirán nuevos aspectos de la belleza infinita de Dios manifestada en sus obras.»

La índole de este libro me obliga á tratar sólo del trabajo intelectual, ya que me dirijo á la juventud que, por sus dotes y posición social, ha de empuñar el cetro de la sabiduría. Ahora bien, en los mismos trabajos intelectuales deben preferirse unos á otros, según su importancia y la relación que guarden con el destino sobrenatural del hombre. Si éste procede razonablemente y guiado por la lumbré de fe, tiene que anteponer los estudios morales y religiosos á todos los demás, tanto por su mérito intrínseco, como porque sin ellos no podría conocer el verdadero bien ni practicarlo.

¿Qué camino se ha de seguir en los estudios? San Bernardo señala el primer lugar al que conduce más directamente á la salvación: *Id prius quod maturus ad salutem*; es decir, la instrucción religiosa. ¿No es justo, en efecto, que sea Dios el primer objeto de estudio en la escuela cristiana? ¿No es razonable que el primero de todos los seres sea conocido y amado antes que los demás? Los que proscriben la enseñanza religiosa: los que dictan leyes para que el hombre aprenda todo, excepto precisamente aquello que le es esencial en esta y en la otra vida: los que se empeñan en formar hombres sin fe, que llegarán á ser hombres sin ley; se constituyen en obreros de las tinieblas y de la muerte, á quienes les exigirá severa cuenta la historia y, sobre todo, Dios nuestro Señor. Por lo mismo, un joven de corazón cristiano se instruirá en el catecismo y en la doctrina cristiana con reverencia y aplicación tanto mayores, cuanto más sacrilegamente han sido ellos expulsados de la escuela, y les preparará en su corazón é inteligencia el trono del cual le arrojó la mano de los conjurados... San Bernardo dice que el hombre ha de instruirse con esmero en la ciencia religiosa, no por *torpe curiosidad*, ni por *nevia vanidad*, ni por *innoble avaricia*, sino por *edificarse*; esto es, por conocer mejor á Dios, para amarlo más. Desgraciada la ciencia estéril, ha dicho Bossuet, que no nos induce á amar; y un Santo exclamaba: Si conociese á Dios como los ángeles, yo le amaría y serviría como ellos¹.

¹ Cf. Bannard l. c.

6. **Descuido en el conocimiento de las ciencias morales y religiosas.**— Por desgracia se cuida poco en nuestros días de que la juventud adquiera un conocimiento sólido en la moral y en los dogmas cristianos, lo cual fomenta el predominio de la vida material sobre la del espíritu, y la inclinación que tiene el hombre de anteponer los goces sensibles á las dulces fruiciones de la virtud. Mayor empeño hay actualmente en que la juventud conozca las leyes que rigen el movimiento y las fuerzas físicas, que las que gobiernan al alma y al mundo sobrenatural; y de allí la indiferencia y casi desprecio con que se miran los intereses de la vida futura. El positivismo nos ha encerrado en estrecha prisión, y no buscamos sino lo que está al alcance de la torpeza de los sentidos. La misma filosofía ha experimentado tan nocivo influjo; pues los adoradores de la razón y los esclavos de la materia, al rechazar las verdades del orden suprasensible y la inmortalidad del alma, han renegado de la ley divina y convertido la más noble de las ciencias humanas en instrumento de desorganización y aun de perversidad moral.

«Se vulgarizan hoy día todas las ciencias», dice Mons. Vigne; «y si hay alguna que sea útil *vulgarizar*, es ciertamente la ciencia de la religión, la única esencial y necesaria á todos, y acaso ¡ay! la menos conocida de la multitud.»

Entre todos los ramos del saber, ninguno tan importante como el que trata de los vínculos que existen entre Dios y el hombre, y de las comunicaciones ó, mejor dicho, revelaciones con que el Ser Supremo ha honrado á la criatura racional. La ciencia que trata de tan altas cosas, es la ciencia de Dios, la religión, cuyo admirable y misterioso organismo abraza cuanto de grande y sublime podemos concebir. Si nos embelesa el estudio de las leyes del mundo físico; si un átomo de polvo nos induce á profundas reflexiones; si nos encanta el movimiento ordenado de los astros: ¡cuánto más deben atraernos y maravillarnos las leyes del mundo moral y sobrenatural, que recuerdan al hombre su altísimo destino, regulan su actividad libre y señalan los derroteros de la sabia Providencia en el Universo y en la historia!

7. **Preferencia dada en el siglo pasado á las ciencias naturales y experimentales.**— Al estudiar la fisonomía de nuestro tiempo y sus tendencias, se nota que tiene marcada predilección por las ciencias físicas y experimentales, aun con detrimento de las morales y religiosas. Hasta los muchos y admirables inventos de que él con razón se ufana, han contribuido á avivar en no pocos el apego á los goces materiales y á la vida muelle, tan opuesta al perfeccionamiento moral del hombre y á la adquisición de las ciencias del orden superior. La ignorancia, ó por lo menos el conocimiento incompleto de la verdad religiosa, es causa de que se la ataque, repitiendo errores y sofismas victoriosamente refutados de antemano. Sobre todo, el amor exagerado á la libertad que, para no degenerar en licencia, debe someterse á la ley divina y humana, ha dado origen á muchos errores y sectas, el resultado lógico del racionalismo, quien, al proclamar la autonomía absoluta de la razón, desconoce el orden sobrenatural y los derechos de Dios sobre la humanidad.

8. **Reacción que se nota últimamente en favor de las ciencias especulativas.**— Mas, del fondo mismo de este tiempo, de entre el elemento pensador y serio, surge ya, á modo de ambiente universal y místico, la aspiración hacia lo mejor; la pasión por aquellas realidades invisibles que han guiado á la humanidad en su peregrinación al través de las edades. El cataclismo social que se anuncia, la anarquía que ya da frutos de exterminio, las turbas que, en oleada inmensa, se derraman sobre las ciudades, el cieno que del fondo se levanta para dominar en la superficie; todos esos signos présagos de una catástrofe sorda y tenebrosa y un próximo diluvio moral, causado por el desconocimiento de los derechos de Dios en la sociedad doméstica y civil, han hecho comprender á los espíritus superiores que Dios es necesario; que toda ley es ineficaz y carece de fuerza obligatoria si se desconoce el primero de los poderes, el de Dios, y que es preciso volver á las fuentes de la fe viva, en que las generaciones pasadas bebieron templanza, paz, prosperidad y amor. Muchos hombres que influyen en los asuntos públicos, están ya persuadidos de que la instrucción religiosa

es ahora más necesaria que nunca, y de que ella es á modo de barca de salvamento en el naufragio de los hombres y de las cosas presentes.

9. **Conveniencia de que la juventud adquiera sólidos conocimientos en materias morales y religiosas.**—Conviene mucho que la juventud se dedique de preferencia á estudiar su fin glorioso y su supremo destino; que tenga nociones exactas de los dogmas católicos y de las verdades morales, tanto para conformar á ellas su conducta, como para defender sus creencias de los ataques de la ignorancia y de la mala fe. Bacón de Verulamio ha dicho que *mucha ciencia nos acerca á Dios, y que poca ciencia nos aleja de Dios*. La religión, en efecto, nada teme de una mente ilustrada: sus adversarios salen de entre los que apenas tienen un barniz de sabiduría. La hinchazón y la vanidad de la semiciencia ciegan al hombre é interrumpen el vuelo del alma hacia la serena región de la verdad.

CAPÍTULO DÉCIMOTERCERO. EL CARÁCTER.

1. En qué consiste el carácter; su necesidad.—2. El carácter es inseparable de la virtud y del valor.—3. Qué es el valor y cómo se divide.—4. Paralelo entre el valor militar y el cívico.—5. Manera de obtener el último.—6. Males que produce en nuestros días la falta de carácter y causas que la originan.—7. Sin infundir carácter es imposible re generar á los pueblos ni educar debidamente á la juventud.

1. **Definición del carácter y su necesidad.**—Ni los esfuerzos de los padres y maestros, ni el amor al trabajo, ni la posesión de la ciencia bastan para educar debidamente al joven, si no se le infunde ánimo, firmeza, virilidad, esto es, carácter.

Según afirma Lacordaire, el carácter es la energía silenciosa y constante de la voluntad, algo de inalterable en los designios, de incommovible en la fidelidad del hombre á sí mismo, á sus convicciones, á sus amistades y virtudes; es una

fuerza íntima que brota de la persona é inspira á todos aquella certidumbre que llamamos seguridad¹.

Dote es ésta muy difícil de adquirir, y que no va siempre hermanada con el saber, el valor y el genio mismo; porque hay hombres que tienen mucha instrucción, y carecen de probidad y energía. La cultura intelectual se encuentra á veces en caracteres muy viles. Un hombre puede ser consumado en artes, en literatura, en ciencias; y para la probidad y la virtud merecer que se le coloque después de los pobres é iliteratos campesinos.

«En el comercio de la vida el sol de la inteligencia es menor que el del carácter. La cabeza tiene menos acción que el corazón, el genio no vale lo que el dominio sobre sí mismo, lo que la paciencia y la disciplina dirigidas por un recto criterio. No hay, pues, cosa mejor para la vida pública y privada que una dosis abundante de buen sentido, guiado por la rectitud. El buen sentido formado por la experiencia é inspirado por la bondad, produce la sabiduría práctica. Es evidente que la bondad implica, hasta cierto punto, la sabiduría;... por lo que la sabiduría y la bondad son dos virtudes que no pueden separarse.»²

La formación del carácter es parte importante de la educación moral; y por esto al cultivar las facultades del niño debe el educador corregir en él cuanto haya de defectuoso y guiarle por la senda del deber, á fin de que no se aparte de las virtudes cristianas.

«El carácter se constituye de muchos elementos: del temperamento físico; de las facultades intelectuales y morales, con sus cualidades nativas y los hábitos voluntariamente contraídos; de las inclinaciones naturales y de las pasiones, ya buenas, ya malas. Sobre éstas y los hábitos tiene grande imperio la voluntad, que puede moralizarlos y someterlos al deber.

«Hay caracteres buenos y defectuosos. En los primeros las tendencias y los hábitos virtuosos sobrepujan á las tendencias y hábitos opuestos.» Á esta clase pertenecen el carácter abierto, el dulce y pacífico, el modesto, el reservado,

¹ Lettres á un jeune homme.

² Smiles, El carácter.

el afectuoso y compasivo, el firme y activo, el calmado y reflexivo, el noble y elevado. Este último consiste «en una repugnancia instintiva hacia lo vulgar, grosero ó vil, y en un gusto vivo y espontáneo hacia lo noble y honorable».

Son caracteres defectuosos el muelle, el disimulado, el orgulloso, el ligero y el apasionado, que conviene reformar, á fin de que no impidan el perfeccionamiento humano. La educación ha de desarrollar las buenas inclinaciones y combatir las malas, cuidando de conocer el carácter del niño para trabajar en él los defectos é inducirlo á la dignidad, á la nobleza y á la docilidad. Sobre todo ha de combatir el egoísmo, tan frío como rebelde á las obras de beneficencia y caridad¹.

«El carácter es una cualidad, un bien muy noble: él merece la aprobación general y el respeto de todos; es una de las mayores fuerzas motrices que existen en el mundo, y representa á la naturaleza humana en toda su grandeza, porque muestra al hombre bajo su aspecto más favorable.

«Aunque el genio obtiene siempre la admiración, el carácter asegura más el respeto. El primero es sobre todo un producto del poder del cerebro, el segundo del poder del corazón, y tarde ó temprano el corazón gobierna la vida. Los hombres de ingenio ocupan en la sociedad un puesto proporcionado á su inteligencia, y como los hombres de carácter representan á la conciencia, mientras á los unos se los admira, á los otros se los imita.»²

El hombre que procede siempre guiado por el deber: que oye y sigue en las circunstancias más difíciles la voz de la conciencia: que no retrocede ante el peligro y desprecia el respeto humano: que no se doblega ante las dádivas ni las amenazas: el hombre, en fin, que obedece á Dios en cada uno de sus actos; posee la rara dote de virilidad de carácter.

Por sencillo que aparezca el cumplimiento de un deber, representa el más alto ideal de la vida y del carácter, añade el autor citado. Puede ser que nada heroico se encuentre

¹ *Éléments de pédagogie pratique des Frères des Écoles Chrésiennes.*

² *Smiles* 1. c.

en ello; pues el heroísmo no es la condición ordinaria del hombre, á quien el sentimiento firme del deber sostiene en las posiciones más elevadas y le mantiene igualmente en el ejercicio de los negocios de la vida diaria.

La existencia del hombre *se concentra en la esfera de los deberes ordinarios*. Las más eficaces de todas las virtudes son las más útiles para el uso diario; son también las más sólidas y duran más tiempo¹.

La dignidad y la firmeza son cualidades preciosas con que se ha de adornar al joven, ya que sin ellas no puede adquirir carácter. La primera le acostumbrará á respetarse á sí mismo, y hacer respetar de los otros el derecho de seguir el recto dictamen de la conciencia: la firmeza le sostendrá en el ejercicio de este derecho; por lo que ambas dotes se enlazan y auxilian entre sí, apoyándose en el vigor que infunde la virtud. Sin dignidad, la firmeza se convierte en fuerza brutal que puede ponerse al servicio de una causa indigna; á su vez, sin firmeza, la dignidad es una simple teoría, sin utilidad práctica en la vida.

El carácter adquiere lustre y elevación cuando la dignidad y la firmeza, bien dirigidas, lo sostienen y desarrollan; en caso contrario degenera en violencia, en altivez, en orgullo, que lo deslustran y envilecen.

Al hablar de dignidad y firmeza, y por tanto de carácter, hay que distinguir entre un ideal pagano y un ideal cristiano, como lo nota G. Ginón, autor moderno². El primero, fundado en móviles naturales y transitorios, ha dado origen á hechos admirables, pero también á acciones repugnantes y criminales, que sublevan á la naturaleza humana; mientras que el ideal cristiano, apoyado en móviles desinteresados y divinos, ha llenado el mundo de instituciones benéficas y realizado hechos merecedores de aplauso.

«No hemos de buscar modelos, en este punto, en Roma ni en Esparta», dice el mismo autor; «porque no queremos hacer de nuestros discípulos Brutos ni Torcuatos. Queremos

¹ *Smiles* 1. c.

² «Medios de desarrollar la dignidad y la firmeza».

CRISPO-TORAL, Educación. Ed. 2.

algo y mejor; porque ese patriotismo fanático fuera de la humanidad, ó contra la humanidad, no puede ser la perfección humana. La organización de los pueblos antiguos, sobre todo del pueblo romano, organización poderosa por la conquista, no era otra cosa que la absorción del individuo por el Estado, y este principio, que á primera vista parece grande, era en realidad causa de rebajamiento para los caracteres. La razón es que cada hombre llegaba á ser un *instrumento del reino*, y nada más. Apreciamos mejor el sentimiento de ese ilustre cristiano que amaba más á su patria que á sí mismo, pero que amaba más á la humanidad que á su patria. Además, cuando vemos las civilizaciones antiguas, envilecidas por la esclavitud, casi tanto en las personas de los amos como en las de los esclavos; cuando los vemos admitir esos tratos brutales dados á criaturas humanas; cuando leemos en Aristóteles que una buena constitución del Estado no admitirá nunca artesanos entre los ciudadanos, renunciamos á buscar allí ejemplos. Tales costumbres desarrollan el orgullo, y no la dignidad; la atrocidad, y no la firmeza de carácter.

«En Francia, en medio de los locos errores y detestables pasiones, las guerras de religión dieron ocasión á que se revelasen grandes y hermosos caracteres, frutos de enseñanzas inteligentes y graves. En tiempo de Luis XIII en particular, una atmósfera sana y fuerte de religión y de probidad favoreció educaciones incomparables, registradas por la historia. Por otra parte, en todo tiempo encontramos qué admirar y qué imitar entre nosotros, desde Vercingetorix, que se colocó más alto que César, su vencedor, hasta esas obscuras é ilustres víctimas de las pasiones revolucionarias, víctimas cuyo recuerdo será para siempre un ejemplo de virilidad real, una advertencia saludable, y también, esperémoslo, una salvaguardia de la libertad y de la dignidad humanas. Desde la época notable que acabamos de citar, no se han perdido por todas partes las tradiciones de la noble y fuerte educación cristiana.»

2. El carácter es inseparable de la virtud y del valor.—El carácter es inseparable de la virtud; pues sólo

ésta comunica al hombre una fuerza superior, le transforma, en caso necesario, en héroe, y le infunde sentimientos generosos. El vicio de suyo degrada al hombre, le torna débil y voluble, y le sujeta al yugo de las pasiones; por esto los hombres perversos no tienen carácter. Al contrario, éste es el distintivo de los santos, quienes con inquebrantable firmeza desecharon los halagos del mundo, hicieron guerra á las inclinaciones depravadas del corazón, buscaron la obscuridad y el retiro, aceptaron resignados el padecimiento, la persecución y la muerte misma; conformaron, en una palabra, su vida con las enseñanzas y ejemplos del Hombre-Dios, que es el modelo de la total perfección humana.

El carácter supone igualmente valor; es decir, fortaleza de ánimo ante los peligros, energía de voluntad para el cumplimiento de la obligación, serenidad en medio de las contrariedades de la vida, y firme resolución de no ceder á los incentivos del placer y á las seducciones del error.

«El carácter», asegura Smiles¹, «exige imperio sobre sí mismo, el cual no es sino el valor bajo otra forma, imperio que es la raíz de todas las virtudes. Si un hombre suelta las riendas á sus sentimientos y á sus pasiones, renuncia por el hecho mismo á su libertad moral, es arrastrado por la corriente de la vida, y se hace esclavo de sus más violentos caprichos. Para ser moralmente libre, para elevarse sobre el bruto, debe el hombre tener la fuerza de resistir á sus impulsos instintivos, y esto no lo adquirirá si no tiene la costumbre de dominarse. Esta facultad constituye la diferencia real entre la vida física y la moral, y forma la base principal del carácter individual.»

3. Qué es el valor y cómo se divide.—Mucho se enaltece, y con razón, el valor militar que arrostra con intrepidez los peligros. Mas ¿en qué consiste el valor? En esta materia, como en otras, hay ideas equivocadas que conviene rectificar. El valor, según la expresiva definición del Padre van Tricht, «es una virtud del alma que dispone al hombre para sacrificar por el deber, con la serenidad y tranquilidad

¹ L. c.

que convienen á la razón, dueña de sus actos, todo cuanto tiene, hasta la misma vida». De esta definición deduce el mismo autor, que «á todo trance, cueste lo que costare, necesitamos ser valientes, si queremos conservar nuestra honra y no decaer de nuestra condición. Y esto es mucho más que el valor militar que, como es sabido, no se exige á todas horas.... Pero aquel otro valor hay que tenerlo siempre y sin cesar en actividad, porque no hay hora ni momento en que no estemos bajo la acción de nuestro deber»¹.

Se distinguen, por tanto, dos clases de valor: el valor guerrero ó *militar*, y el valor moral ó *cívico*: el primero impulsa al hombre á exponer su vida y aun á sacrificarla por la honra y defensa de la patria, ó por otra noble causa; el segundo le estimula á cumplir los deberes de la vida, por penosos que sean, y á pesar de los sacrificios que impongan.

4. Paralelo entre el valor militar y el cívico.—

Para muchos sólo es valiente el que se sacrifica con generosidad por la patria ó por otro motivo grandioso. Pero, si el valor militar es digno de admiración y brilla sobre los demás, no es el único que existe en el mundo; pues todo hombre tiene que poseer aquel otro valor, igualmente digno de aplauso, que le anima é induce á cumplir constantemente sus deberes, por arduos que sean, á no desmayar ante las pruebas de la vida, y á resistir con energía las dificultades que se oponen á la práctica del bien.

El valor militar exige, ante todo, cierto ardimiento en el peligro, desprecio de la muerte, nacido del arrojo, y más bien cierto olvido heroico de la razón que la apreciación calmada del deber. El más valeroso capitán, dice Lacordaire, puede portarse como una mujer el día siguiente de una victoria, y sus cicatrices pueden cubrir un carácter débil y sin alcances.

Pero el valor moral ó cívico comunica al hombre cierto dominio é imperio sobre sí mismo y le acostumbra al ejercicio activo y constante de las buenas obras. Ese valor «se manifiesta», dice Smiles², «en esfuerzos silenciosos y constituye

¹ Conferencia familiar sobre el valor.

² L. c.

la verdadera grandeza del hombre.... El valor que lo soporta todo y lo sufre todo por amor á la verdad y al deber, es más heroico que el valor físico, que se recompensa con honores y títulos, ó con laureles á menudo empañados con sangre. El valor de buscar y decir la verdad, de ser justo y honrado, de resistir á la tentación y de cumplir con la obligación, engrandece mucho al hombre.»

Afronta la muerte el valor del guerrero; pero el valor de que ahora se trata, ha de afrontar la miseria, el desamparo, los desprecios, las privaciones, las lágrimas, los padecimientos y esos trabajos, sin esperanza de alivio, que por largos años van poco á poco consumiendo el alma y desgarrándola como á pedazos.... Este valor se ejercita en la soledad, en lo más silencioso de nuestra alma y en lo más recóndito del corazón. No hay que esperar acá abajo su gloria. Si hay por ventura alguna voz que le excita, es la voz austera y triste de la conciencia, que penetra y habla sin ruido allá dentro de nuestro corazón.... El valor militar tiene sus consuelos y poderosos auxiliares. Porque la fascinadora sonrisa de la gloria le va atrayendo, el entusiasmo le enardece, conmueve el estampido del cañón y le embriaga el humo de la pólvora; y á su frente, y á retaguardia, y por un lado, y por el otro, parece que arrastran al soldado con su ejemplo sus compañeros y sus jefes¹.

«Hermoso y heroico es morir en un campo de batalla, por defender la independencia del propio suelo; y por esto merece todo encomio el valor militar. Mas también es digno de elogio el valor cívico, que induce al hombre á sacrificarse, en vista de un interés más general, por la salud de sus conciudadanos y por el bien público.

«Es menos difícil en tiempo ordinario el ejercicio de los derechos y de los deberes cívicos; pues basta seguir con energía la voz de la conciencia en medio de las tempestades interiores, resistir á la corrupción, despreciar el miedo y, sobre todo, anteponer las convicciones á las simpatías, á las amistades y al interés personal. Pero hay circunstancias ex-

¹ Cf. *Van Tricht* l. c.

cepcionales en que es preciso exponer la libertad y la vida; y en ellas se eleva á un grado muy alto el valor cívico, garantía de la libertad interior de una nación y tan necesaria como el valor militar, condición de su independencia y dignidad exterior.

«Hay casos en que el valor cívico se confunde con el militar, como cuando la patria está amenazada; pero fuera de ellos, cada uno tiene su esfera propia de acción.»¹

5. Manera de obtener el valor cívico.—Y cómo obtener este valor sereno, tranquilo, constante, despreciador de la honra, vencedor de los atractivos del deleite y de los placeres del mundo? ¿Dónde encontrará nuestra flaca naturaleza el vigor suficiente para dominar la voluntad inclinada al mal y ejecutar á veces actos heroicos, para no sucumbir en las luchas secretas del alma, para portarse con más decoro que el soldado que cae en el campo de batalla?... El hombre por sí solo no puede adquirir tanta fuerza y heroísmo. Necesita, para obtenerlo, del socorro de Dios, del poderoso auxilio de lo alto. La virtud sólida, que se consigue mediante el hábito del bien obrar, transforma al hombre, le comunica como una segunda naturaleza y le hace apto para empresas extraordinarias. La virtud, conviene repetirlo, ha formado á esos héroes que llamamos santos, quienes con valor extraordinario lograron dominar los malos instintos y mezquinas exigencias de nuestra naturaleza decaída, procedieron siempre con rectitud, buscaron con empeño la verdad y practicaron el bien, para lo que se sometieron á duras pruebas y aun á muchos y penosos sacrificios.

Sólo la religión puede fortalecernos en el cumplimiento del deber; porque sólo ella nos alienta y vigoriza con el socorro divino; sólo ella nos acostumbra á proceder de una manera desinteresada, á ejecutar las buenas obras en secreto, de modo que *nuestra diestra ignore lo que hace la siniestra*; sólo ella nos señala como principal móvil de nuestras acciones el contentamiento de Dios y la tranquilidad de la conciencia; sólo ella nos induce á desprendernos de los

¹ *Maxime Petit, Le courage civique.*

bienes transitorios, á no ambicionar los elogios y ventajas temporales; sólo ella, en fin, nos enseña la difícil ciencia del vencimiento, con la que triunfa el hombre de los enemigos de su alma y se hace merecedor de llegar al cielo, que es la patria de los elegidos.

6. Males que produce en nuestros días la falta de carácter y causas que la originan.—La enfermedad endémica de nuestros días es, desgraciadamente, la falta de carácter. Todos los resortes de la vida moral se han alojado, todos los principios primordiales en que descansan los derechos del individuo, de la familia, del Estado, se hallan combatidos y olvidados, por falta de energía en los que tienen la dirección del hogar y el gobierno de los pueblos. Las transacciones con el error, las contemporizaciones con el mal son hoy moneda corriente, y por eso vemos degradarse á los hombres y perderse las naciones.

Lo que pasa con los individuos pasa también con los pueblos. Hay pueblos viriles, como la heroica Polonia, que prefieren sufrir toda clase de vejaciones antes que renegar de sus creencias y sacrificar su dignidad; pero hay también naciones apocadas que no resisten á las seducciones del oro y del placer, que apostatan de su fe y se muestran cobardes en las horas de prueba.

Lo que principalmente produce la debilidad del carácter y la falta de firmeza, de que justamente nos lamentamos en nuestros días, es la mala dirección del hombre en su primera edad. El apego á la vida muelle, la flojedad en la educación del niño han invadido no pocos hogares y planteles de enseñanza. Poco se cuida en ellos de vigorizar físicamente al hombre en los años de la adolescencia, mediante el ejercicio, el trabajo y una alimentación frugal y nutritiva; y de allí nace la debilidad en el organismo en gran número de adolescentes, que como plantas endebles se marchitan y doblegan al embate de una leve dolencia, y son vasos frágiles para contener el alma, que no puede desplegar toda la fuerza de que es capaz.

El método deficiente y á veces nocivo, empleado en varios establecimientos de educación, es otra de las causas princi-

pales del malestar moral que se nota en la sociedad contemporánea. Mucho se cuida, en no pocos colegios, de excitar la imaginación del joven con ensueños halagadores, de imbuirle un amor mundano á la gloria, de hablarle de los *derechos* del hombre é iniciarle en las *cuestiones candentes* de la política; y poco, muy poco, se le inculca el respeto á Dios, la necesidad del propio conocimiento, el amor al trabajo desinteresado, la sobriedad en los descos, el espíritu de obediencia y de disciplina, la práctica, en fin, de las virtudes cristianas.

De esto resulta que, llena la cabeza del escolar de ideas incoherentes, de nociones incompletas en muchas materias, exaltada la fantasía con sueños y proyectos quiméricos, y víctima el corazón de pasiones prematuras, carece de calma para el aprendizaje científico, que exige tranquilidad y predominio sobre sí mismo, y sale, no pocas veces, de los bancos de algunos colegios y universidades una generación de pretenciosos y semisabios, de sofistas y románticos, de oradores de plazuela y de tribunos de café, de literatos insubstanciales y poetas lacrimosos, de políticos venales y periodistas sin seso, que todo lo invaden y maltratan, sin respetar ley, conciencia ni autoridad ninguna, incluso la sagrada de Dios y de la Iglesia.

¡Ah! ¡cuándo se convencerán todos los directores de la juventud que la escuela tiene que ser un *santuario*, en que debe oírse á menudo la voz de Dios y de sus representantes en la tierra; que al hombre, en la época difícil de su formación intelectual y moral, se le ha de acostumbrar á la sujeción y observancia de la ley divina; de modo que al mismo tiempo que su inteligencia vaya descubriendo los secretos de la ciencia y avanzando en el vasto campo del saber, su corazón vaya también respirando el celestial aroma de la piedad y extasiándose en contemplar el horizonte incomensurable del bien!

«Sobre manera deplorable es la influencia perniciosa de la opinión y del ejemplo que han producido en nuestros días la mollicie de las costumbres, hasta el punto de que el nombre y la vida de cristiano hayan venido á ser para mu-

chos objeto de vergüenza», dice León XIII. «Efecto lamentable, causado, ó por una perversidad profunda, ó por la más ruin de las debilidades: en uno y otro caso, ¡mal detestable y el mayor que puede venir al hombre! Porque ¿cuál es la tabla de salvación, cuál la esperanza que queda á los hombres si dejan de gloriarse en el nombre de Jesucristo y si carecen del valor necesario para conformar abierta y constantemente su vida con las leyes del Evangelio? Se quejan con frecuencia de que nuestro siglo es estéril en hombres de carácter. Que se resuciten las costumbres cristianas y por el mismo hecho se habrá devuelto á las almas su dignidad y su constancia.»¹

7. Sin infundir carácter es imposible regenerar á los pueblos ni educar debidamente á la juventud.— Si se desea renovar la sociedad, es preciso infundir carácter en la juventud, que pronto tendrá en sus manos el régimen de los pueblos. «¿Qué se necesita», pregunta Mons. Dupanloup², «para sostener y regenerar á una nación? Ante todo hombres de carácter. Las naciones no se forman, no crecen, no se conservan y renuevan sino por los hombres. ¿Cuándo se debilitan los pueblos, decaen de su grandeza y caminan á su ruina? Cuando les faltan hombres. Ahora bien, Dios cría á los hombres, y la educación los forma. Mas, ¿qué sucede en nuestros tiempos? Todas las sendas de la fortuna, todos los caminos de la vida social están destruidos: los individuos se oprimen, se molestan, chocan y se fatigan entre sí: y, sin embargo, en todas partes se oye decir: *los hombres faltan: ¿dónde están los hombres?* Éste es el grito y la queja universal. Antiguamente Diógenes, con su linterna

¹ «Illud etiam dolendum, quod opiniones atque exempla perniciosas tanto opere ad molliendos animos valuerunt, ut plurimos iam prope pudeat nominis viteque christianae: quod quidem aut perditae nequitiae est, aut segnitiae inertissimae. Utrumque detestabile, utrumque tale, ut nullum homini malum maius. Quamnam enim reliqua salus esset, aut qua spe niterentur homines, si gloriari in nomine Iesu Christi desierint, si vitam ex praeceptis evangelicis constanter aperteque agere recusarint? Vulgo queruntur viris fortibus sterile seculum. Revoentur christiani mores: simul erit gravitas et constantia ingenii restituta» (Encycl. *Exeunte iam anno*, d. d. 25 Dec. 1888).

² Cartas sobre la educación intelectual.

en la mano, buscaba un hombre en la mitad del día, y nosotros nos parecemos á él.»

Más vale pecar por las exageraciones del carácter, que por aquella suavidad y blandura excesivas á que se acogen los seres sin fuerza ni vigor. Venga la aspereza del valor moral, aun con todas sus inconveniencias, antes que esa *urbanidad* miserable, que se acomoda á todo y junta en un solo campamento las tiendas del bien y las del mal. En estos tiempos se busca la comodidad á todo trance; se anhela vivir en un mar de leche y en un lago de miel, hasta el punto de sacrificar las propias ideas y lo más sagrado de los sentimientos, por amor de la paz y por una menguada caballerosidad. ¡Triste condición la de esos hombres que no aman ni su propia honra y que, por miedo á los demás y por amor á una paz mal entendida, se privan de tener programa, en lo público y en lo privado! De esta enfermedad del carácter proceden los partidos que se llaman hoy *moderados*, las situaciones indefinibles, las componendas y transacciones, en que se forma una penumbra de verdad que engaña, y se dan abrazos que valen para los pueblos tanto como una caricia del verdugo. En estos tiempos de debilidad y miedo, casi todos los males proceden de que el carácter ha desaparecido ante una cultura que transige hasta con el absurdo.

Si el cuerpo para fortalecerse exige privaciones y fatiga, el alma para desarrollarse debidamente sus facultades y adquirir carácter, necesita, con mayor razón, someterse á la dura ley del vencimiento, sin el cual nada útil se puede obtener. El cultivo de las ciencias, la sujeción de la voluntad á la ley divina y humana demandan continua abnegación: por esto es preciso acostumbrar al hombre desde la infancia á doblegar sus pasiones y á comer no sólo el pan material sino también el intelectual, con el sudor de su frente. De este modo podrá adquirir la preciosa dote del carácter.

CAPÍTULO DÉCIMOCUARTO. EL ESTÍMULO Y LA GLORIA.

1. La juventud en la vida de acción. — 2. El estímulo y el amor á la gloria. —
3. Obligación de referir los actos á Dios. — 4. La religión y la patria. —
5. El patriotismo es virtud cristiana. — 6. El apostolado seglar. — 7. El apostolado seglar en algunas naciones de Europa. — 8. Para amar y defender á la Iglesia es preciso conocerla: su misión en el mundo. —
9. Beneficios que la Iglesia ha hecho en todas partes.

1. La juventud en la vida de acción.—Educado convenientemente el joven, provisto de carácter y de amor al trabajo, nutrida su inteligencia con la verdad y fortalecido su corazón con el bien, debe poner en ejercicio las facultades que posee y empeñarse en cumplir la misión que le corresponde. En la vida presente tiene el hombre que ejercitar sus aptitudes y esforzarse en obrar el bien. La sociedad es campo de acción; hay que luchar, hay que vencer ó sucumbir. El hombre ostenta en su frente cierto sello de majestad que revela su superioridad sobre los demás seres del mundo visible y la alteza de su destino; destino que, para ser alcanzado, exige constantes esfuerzos contra los tenaces enemigos del alma.

Cada cual ha de ansiar por ser útil á los demás, mediante el ejercicio de las dotes que ha recibido de Dios; y cuando entre éstas descuellan el talento y el ingenio, el campo que se presenta á la acción del joven es vasto y halagüeño. Intactas y en todo su vigor las fuerzas del espíritu, puede trabajar con ahinco y realizar obras de importancia, siempre que comunique á sus facultades el impulso debido. La cabeza y el corazón son dóciles en los primeros años de la vida, y reciben sin dificultad la simiente benéfica de la verdad y las saludables impresiones de la virtud, por cuanto la imagen de Dios está más viva en el alma.

2. El estímulo y el amor á la gloria.—El hombre procede en sus actos impulsado por algún móvil ó fin. Ahora bien, aun cuando el principal móvil de la actividad humana debe ser el cumplimiento de la ley divina y la consecución de nuestro inmortal destino, esto no excluye que existan otros